

Íñigo Aguilar Medina
Ma. Sara Molinari Soriano*

A N T R O P O L O G Í A

Educación y violencia en la familia

Los resultados de este trabajo forman parte de una investigación más amplia sobre el adolescente que habita en el Distrito Federal, cuya principal actividad es su formación escolar, alrededor de la cual gira su vida cotidiana.¹ Aquí se propone conocer sobre el proceso de endoculturación² (experiencia de aprendizaje para que el ser humano sea competente en su cultura) de los adolescentes en la sociedad compleja,³ y se pretende realizar un análisis comparativo⁴ entre los ámbitos urbano y rural. Asimismo se procurará captar las modificaciones ocurridas en el comportamiento de los adolescentes, durante el transcurso de una década. Para ello se comparará la información obtenida de un mismo cuestionario, aplicado en 1989 y diez años después, en 1999, aplicado a un total de mil adolescentes (500 del área urbana y 500 de la rural), en el primer caso, y de 1 104 (553 del sector urbano y 551 del rural), en el segundo.

En toda sociedad, la educación informal es elemento base de los adultos para transmitir sus valores a las nuevas generaciones. Ellos se ocupan de orientar la conducta de los jóvenes por medio del consejo, el regaño, el castigo o la acción violenta, de acuerdo con el modelo que les

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

¹ Cfr. Mónica Sorín, "Cultura y vida cotidiana", en Revista, *Casa de las Américas*, Universidad de la Habana, 30, 178, ene-feb. 1990, pp. 39-47.

² Cfr. M. Herskovits, *El Hombre y sus obras*, México, FCE, 1973, pp. 42-55 y 343-359. Kenneth Keniston, "Juventud: una nueva etapa de la vida", en *Revista de Estudios sobre la Juventud*, México, CREA vol.2, núm. 3, junio de 1982, pp. 46-65. Margaret Mead, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Laila, 1975.

³ Cfr. Amparo Sevilla y Miguel Ángel Aguilar Díaz, *Estudios recientes sobre cultura urbana en México*, México, Plaza y Valdez, 1996.

⁴ Cfr. David Post y Suet-Ling Pong, "Influencia del género y de los antecedentes familiares en el rendimiento escolar: el caso de Hong Kong", en *Estudios de Asia y África*, El Colegio de México, núm. 83, septiembre-diciembre de 1990, pp. 504-536. G. Giménez, "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología", en Leticia Méndez y Mercado (coord.), *Identidad: análisis y teoría, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad, III Coloquio Paul Kirchhoff*, México, IIA-UNAM, 1988, pp. 11-24.



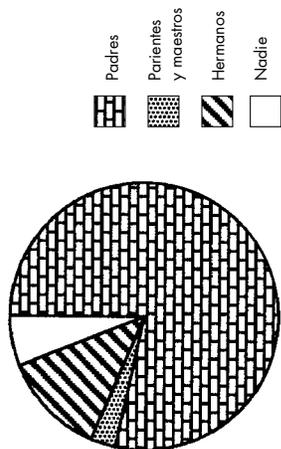
QUIÉN TE REGAÑA

D.F.

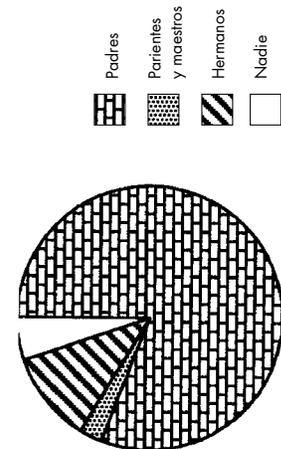
URBANO

RURAL

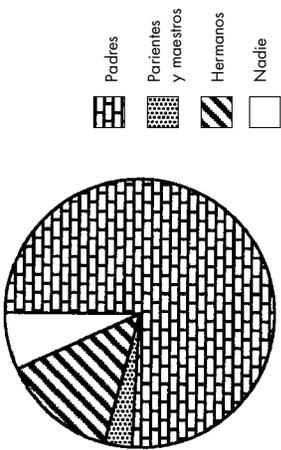
Gráfica 1. Quién te regaña, D.F., 1989



Gráfica 2. Quién te regaña, sector urbano, 1989

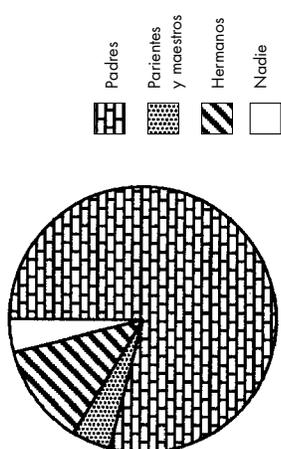


Gráfica 3. Quién te regaña, sector rural, 1989

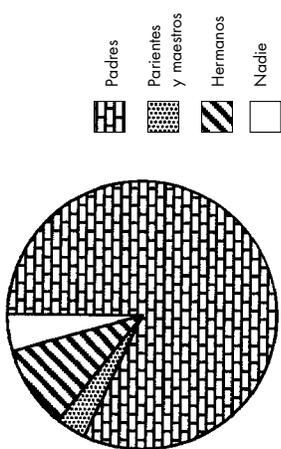


Fuente: Encuesta directa. Íñigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1989.

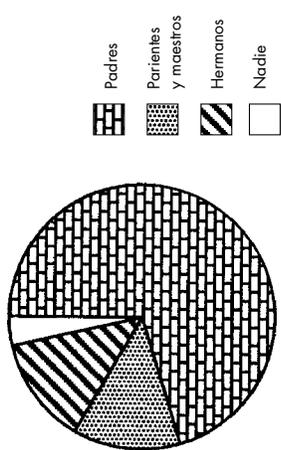
Gráfica 4. Quién te regaña, D.F., 1999



Gráfica 5. Quién te regaña, sector urbano, 1999



Gráfica 6. Quién te regaña, sector rural, 1999



Fuente: Encuesta directa. Íñigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1999.

fue inculcado.⁵ Socialmente, es al adulto a quien se le reconoce la capacidad para juzgar el mal comportamiento de los muchachos, y a quien se autoriza para escoger el momento y la forma de corregirlo. En la familia esta atribución es reconocida en primer lugar a los padres, si bien su ejercicio tiene límites impuestos por la misma sociedad, la que ahora pretende que en ningún caso se realice por medios violentos.⁶

En este trabajo se analizan los datos que arroja el cuestionario acerca de la forma en que los estudiantes adolescentes son corregidos dentro del ámbito familiar, para identificar el origen de los regaños y los golpes, así como para determinar de quién, porqué y cuándo los recibe. Con ello se trata de establecer un límite más claro entre las conductas que forman parte de la transmisión de conocimientos, y de aquellas insertas dentro del ámbito de la violencia, practicadas bajo la creencia de que son validadas por el total social.

Antes de proceder a la presentación de los resultados de la encuesta, es importante tomar en cuenta que los porcentajes no siempre suman 100, porque las conductas que se analizan a menudo son compartidas. Así, en algunas de ellas, por ejemplo, declaran que el 84.5% de los padres regañan, pero no siempre son sólo ellos, sino que además reciben las advertencias de otras personas, con lo que al mismo muchacho se le contabiliza dos o más veces, según el tipo de personas que interactúan con él.

Quién los regaña

Al analizar el papel del regaño como forma de conducción de los adolescentes, se advirtió la presencia de dicho patrón de comportamiento en casi todas las familias de los muchachos entrevistados. Así, en 1989 la mayoría de los muchachos (84.5%) reconoció en sus padres el ejercicio de esta práctica, pero también de otros parientes y de los maestros (3.4%), e incluso de sus propios hermanos (13.5%). Muy pocos afirmaron que nadie los regaña (6.5%) (Gráfica 1).

⁵ Cfr. Margaret Mead, *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*, Barcelona, Gedisa, 1997.

⁶ Cfr. Marc Howard Ross, *La cultura del conflicto*, Barcelona, Paidós, 1995. Beatriz Martínez de Murguía, *Mediación y resolución de conflictos*, México, Paidós, 1999.

Al considerar el ámbito geográfico del Distrito Federal en el que estudiaban, se observó que los adolescentes del sector urbano recibían orientación de manera predominante de sus padres (87%), y de sus hermanos (12%), mientras que la participación de otros parientes y de sus maestros era pequeña (3%) (Gráfica 2). Esta relación de resultados puede pensarse como asociada al tipo de familia predominante entre ellos (nuclear), aunque en algunos casos incluía a uno o dos parientes más, éstos casi nunca colaboraban en el proceso de endoculturación de las generaciones de renuevo. Los que indicaron que nadie los regañaba comprendía al 5.6% de los entrevistados. La explicación anterior no se confirma con lo recabado en el sector rural, donde la participación de los padres resultó menor (82%), incrementándose la colaboración de los hermanos (15%) y de los otros parientes que conviven con ellos (3.8%) (Gráfica 3). No fue significativo el hecho de que aquí se contara con un mayor número de familias de tipo extenso, para asegurar una mayor participación de los otros parientes adultos, aunque ésta sólo se daba cuando no estaban los padres o los hermanos, que en cambio participan muy activamente.

Las tendencias señaladas se confirman diez años después, con los datos recabados en 1999. Las proporciones tuvieron un aumento al señalar a los papás como quienes más se ocupan de la corrección de la conducta de los adolescentes (89.7%), manteniéndose la ayuda de los hermanos (13.9%), e incrementándose de manera modesta la colaboración de los otros parientes (5.5%); la proporción de adolescentes que afirmaron no ser corregidos por nadie disminuyó (4.6%) (Gráfica 4).

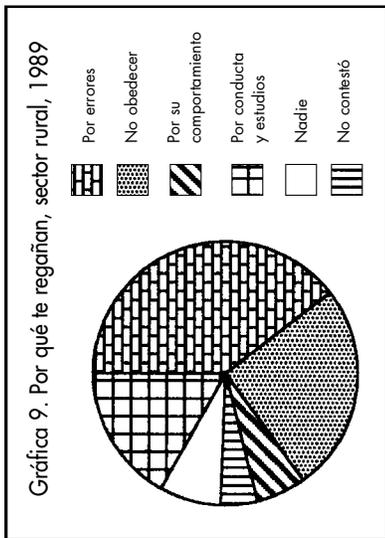
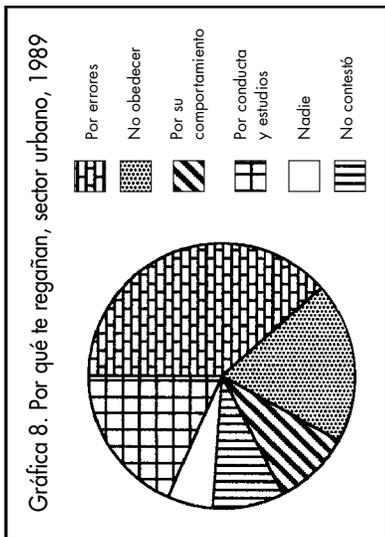
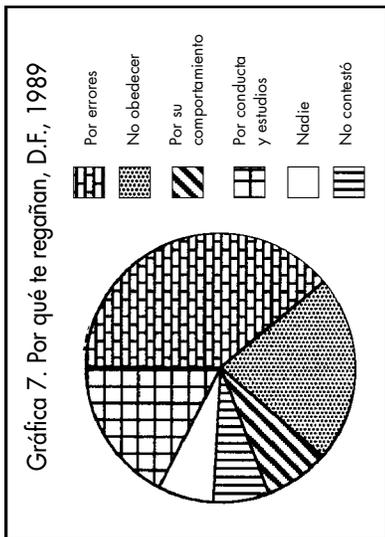
Al analizar los datos según el área de residencia de los muchachos, se advierten las diferencias, ya que los del sector urbano indican en su gran mayoría (90.2%) que son los padres quienes sancionan su conducta, y los hermanos participan con un menor porcentaje (11.1%), mientras que la intervención de los parientes asciende de manera modesta (3.9%) (Gráfica 5). En el sector rural es un poco menor el porcentaje de los padres correctores de los muchachos (88.9%), y mayor la participación de los hermanos (16.7%), lo mismo que de los parientes (16.7%) (Gráfica 6).

POR QUÉ TE REGAÑAN

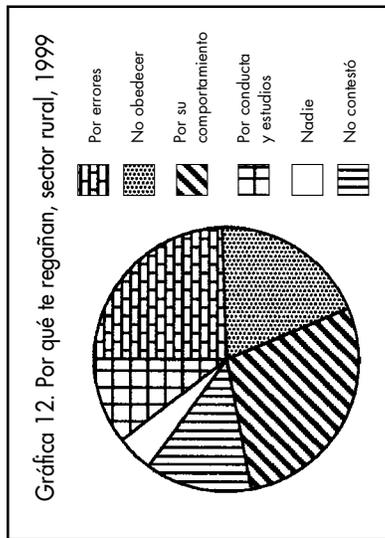
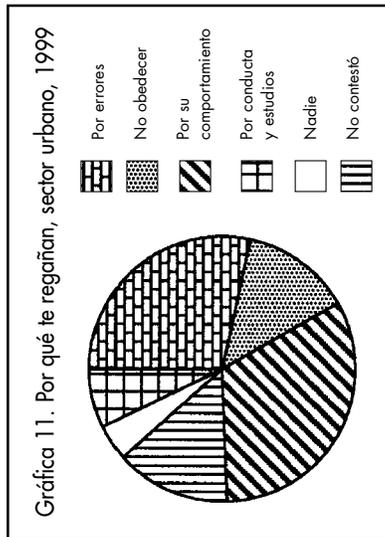
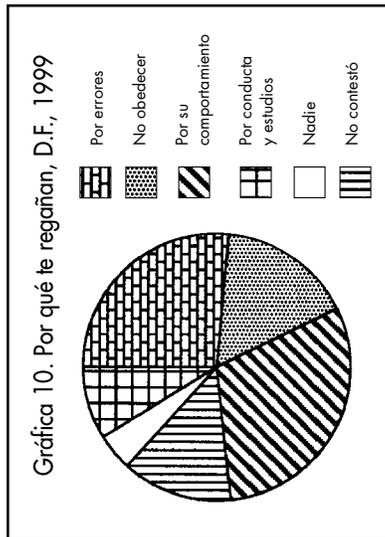
D.F.

URBANO

RURAL



Fuente: Encuesta directa. Ínigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1989.



Fuente: Encuesta directa. Ínigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1999.

Causa del regaño

No obstante que los entrevistados señalaron recibir regaños de sus padres, de entre ellos se advierte una participación preponderante de la madre, en una proporción superior a la de hace diez años, con mayor énfasis en el ámbito urbano que en el rural.

Al interrogar a los adolescentes sobre las causas del regaño de sus padres, hermanos y parientes, señalaron diversas situaciones que se pueden agrupar así: una externa al hogar, pero ligada a su quehacer principal, los estudios; otra sobre su comportamiento al interior de la casa, referida a la obediencia profesada a sus padres y a la conducta que debían observar, y la última, relacionada con su formación general durante este periodo de la vida, aprender a no cometer errores.

En 1989, la preocupación principal de los adultos giraba en torno a dos conductas, pues regañaban a los jóvenes por cometer errores (38.9%) y por no obedecer (22.6%). Del tercio restante, la mayoría no contestó a esta pregunta (17.6%), otros indicaron ser regañados por su comportamiento (7.7%), y otros más por su conducta y por sus estudios (6.7%), mientras el resto afirmó no ser regañado (6.5%) (Gráfica 7).

Las tendencias en los dos ámbitos de análisis resultaron bastante claras. En el urbano destacó el porcentaje de quienes informaron ser corregidos por cometer errores (38.4%), seguidos por los desobedientes (19.6%), y por los que no dieron respuesta (18.2%); menores fueron los de conducta inadecuada en casa (9.4%), y de los que además de tener ese comportamiento, tenían problemas escolares (8.8%); por último, estaban los que dijeron no ser regañados (5.6%) (Gráfica 8). Al analizar las cifras en el ámbito rural, se observa la misma proporción de quienes eran corregidos por cometer errores (39.4%), pero no de los que lo eran por desobediencia (25.6%); mientras el porcentaje de los que no contestaron era similar (17%), resultó menor el de los regañados por motivos de conducta dentro de la casa (6%), como el de los reprendidos por su desempeño en la escuela (4.6%); por último, resalta el incremento de los chicos que indicaron no ser regañados en casa (7.4%) (Gráfica 9).



Para 1999 se observó que las causas de los regaños a los muchachos siguen obedeciendo a los mismos factores: por cometer errores (26.4%) y por no obedecer (16.3%). Sin embargo disminuyó la proporción de afectados, y tomó relevancia la orientación de otros comportamientos, como los relacionados con la conducta, incrementándose de manera notable la intervención de los responsables (30.6%). Llama también la atención la disminución en casi la mitad del porcentaje de adolescentes que no dieron respuesta a esta cuestión (8.9%), al tiempo que se incrementó en casi otro tanto el porcentaje de quienes señalaron que se les regaña por su conducta y por su desempeño escolar (13.3%). Por último se advierte una ligera disminución en la proporción de muchachos que reconocieron no ser regañados en su casa (4.5%) (Gráfica 10).

Las tendencias entre los ámbitos geográficos analizados fueron ahora más homogéneas que hace diez años. En el sector urbano se corrigió en mayor proporción por su conducta (32.7%), y por los errores que cometieron (28.4%), seguido por las situaciones de conducta y de estudio (13.8%), la orientación por motivos de desobediencia es ahora menos relevante y comprende sólo al 13.4% de los entrevistados, los que no contestaron a la pregunta, 7.1%, y los que afirmaron que no se les regaña, 4.7%, abarcan a las menores frecuencias (Gráfica 11).

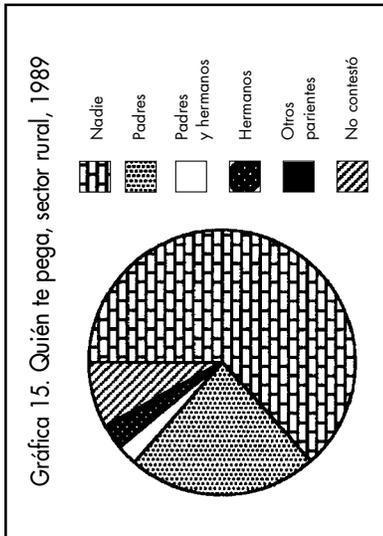
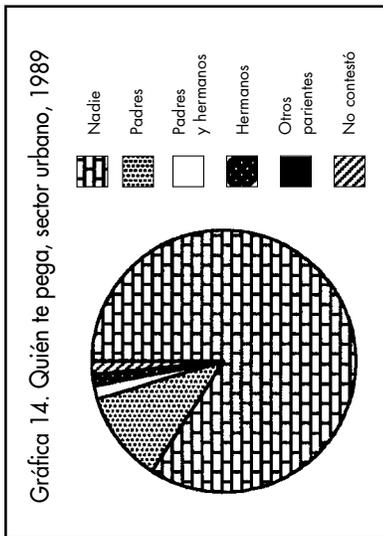
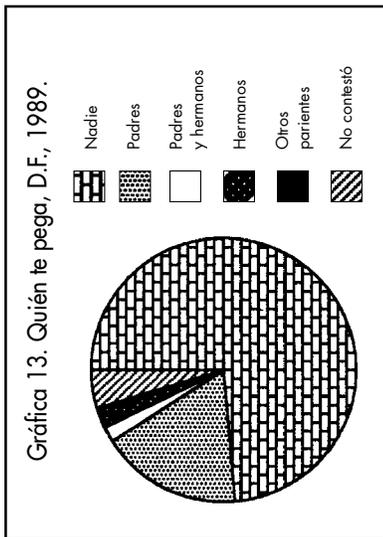
En el sector rural las mayores proporciones corresponden, de la misma manera que en el urbano, a los que fueron corregidos por su conducta (28.4%), y a los que cometieron errores (24.5%), pero a diferencia del sector urbano, en este tiene más importancia el corregir a los adolescentes porque no obedecen (19.2%), que por cuestiones de conducta y de estudio (12.9%). De igual manera, se dio una correspondencia proporcional entre aquellos que no contestaron (10.7%), y entre los que señalaron no ser corregidos (4.4%) (Gráfica 12).

QUIÉN TE PEGA

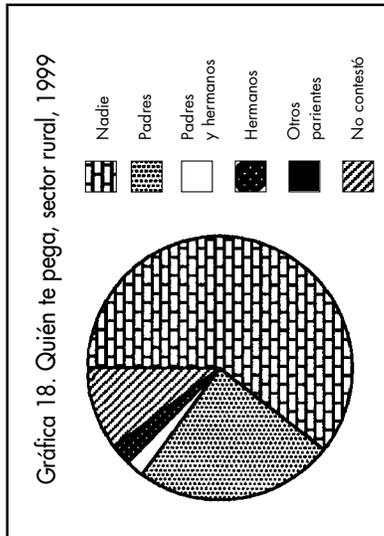
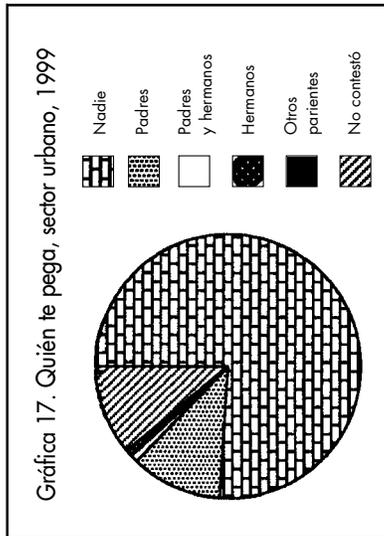
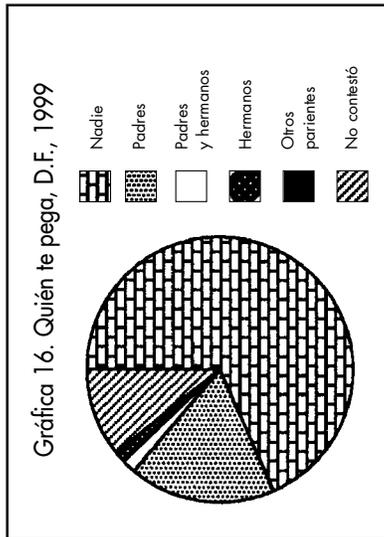
D.F.

URBANO

RURAL



Fuente: Encuesta directa. Ínigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1989.



Fuente: Encuesta directa. Ínigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1999.

Los golpes

Como ya se dijo, una forma utilizada por algunos miembros de nuestra sociedad para corregir el comportamiento de las nuevas generaciones, es por medio de los golpes, acción que sin duda ha mostrado su inutilidad y que, ya sea por sus orígenes o por sus consecuencias, habla de una práctica violenta como forma de solucionar el conflicto entre la norma y la conducta del adolescente,⁷ pero no de la creación de mejores condiciones para el desarrollo personal. No obstante, se advierte por los resultados de este estudio, que dicha costumbre lejos de disminuir se ha mantenido entre los miembros de un porcentaje significativo de las familias estudiadas.

En 1989 se observaba que a un poco más de 7 de cada 10 adolescentes no se les corregía por medio de golpes dentro del hogar (73.7%), pero a un poco más de la quinta parte se les reprendía por medios violentos (21.5%). Quienes más ejercían esta práctica eran los mismos padres (17.1%), pero en ocasiones se daba de manera conjunta con los hermanos de los adolescentes (2.0%), y en otras sólo recurrían a los golpes los hermanos (2.2%). Llama la atención que este tipo de conducta no la ejercieran otros tipos de parientes, más que en muy contadas ocasiones (0.2%) (Gráfica 13).

La diferencia entre los porcentajes de los adolescentes corregidos por medio de los golpes en las zonas urbana y rural resultaba notable, ya que era claro que la violencia se ejercía como un recurso válido entre las familias del sector rural, y la distancia entre ambos llegaba a los 21 puntos porcentuales contra los que afirmaban que nadie les pegaba. No obstante no eran pocas las familias en el sector urbano que utilizaban los golpes para orientar la conducta de los adolescentes, pues comprendía al 14.2% de los entrevistados. También se advertía que eran los padres quienes más practicaban este tipo de correctivo (11.0%), que algunos lo hacían con la cooperación de los hermanos de los muchachos entrevistados (1.8%), y que en otros casos (1.4%) sólo lo ejercían los hermanos. Llamaba la atención que en ninguna de las familias participaban otro tipo de parientes

en la aplicación de este tipo de acciones violentas, que la madre participaba con una ligera ventaja sobre el padre en la aplicación de los golpes, y que los adolescentes que no dieron respuesta a esta pregunta sólo fueron seis (1.6%). Por lo tanto, no modificaban las características de las conductas descritas (Gráfica 14).

En tanto que en el sector rural, casi un tercio de las familias (28.8%) recurrían a la violencia para corregir el comportamiento de los adolescentes, siendo los padres quienes tenían la proporción más alta en la aplicación de estos métodos, ya sea aplicados sólo por ellos (23.2%), o con la colaboración de los hermanos (2.6%). También era mayor la magnitud con la que participaban sólo los hermanos (2.6%), así como la posibilidad de que otros parientes aplicaran dicho tipo de correctivos (0.4%), y de la proporción de los que no contestaron (8.0%), lo que hace pensar que pudo haber sido más alta la cifra de los adolescentes objeto de golpes al interior de su familia (Gráfica 15).

Para 1999 la situación fue la siguiente: en términos generales las proporciones de los adolescentes que fueron orientados por medio de golpes no varió de manera significativa, pues detectó que a una quinta parte de ellos (20.9%) aún se les pegaba. Asimismo, fueron los padres los que en mayor proporción se encargaron de aplicar los golpes a los adolescentes (17.8%), disminuyendo, aunque de manera muy pequeña, la proporción en la que los hermanos participaron de manera conjunta con los padres en dicha acción (1.5%). En otros casos sólo participaron los hermanos, pero también en un monto menor al que lo hacían hace diez años (1.6%). Sin embargo desaparecieron los casos en que este tipo de correctivos los aplicaban otros parientes (Gráfica 16).

La desigualdad con que eran tratados en 1989 los adolescentes de los sectores rural y urbano se mantuvo en 1999, confirmando la tendencia que muestra a la aplicación de golpes como método coercitivo aceptado y válido en la zona rural, aunque la distancia entre los adolescentes de uno y otro sector que afirman que nadie les pega muestra una diferencia menor que la mantenida en la década anterior (15.5%). Sin embargo, se mantienen las familias urbanas en donde se corrige a los adolescentes por medios violentos, aunque

⁷ Cfr. Marc Howard Ross, *op. cit.*

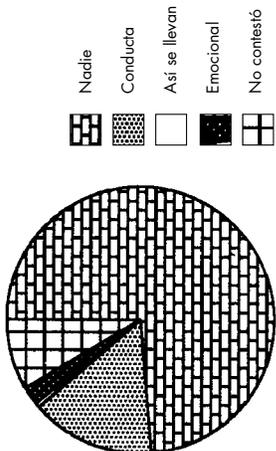
POR QUÉ TE PEGAN

D.F.

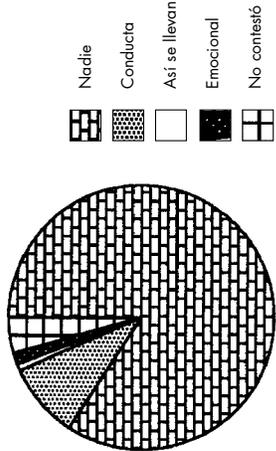
URBANO

RURAL

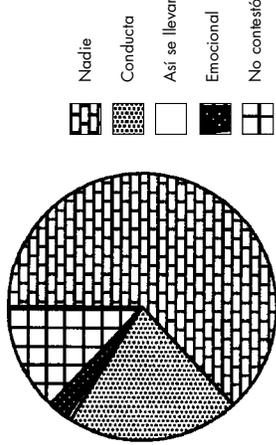
Gráfica 19. Por qué te pegan, D.F., 1989



Gráfica 20. Por qué te pegan, sector urbano, 1989

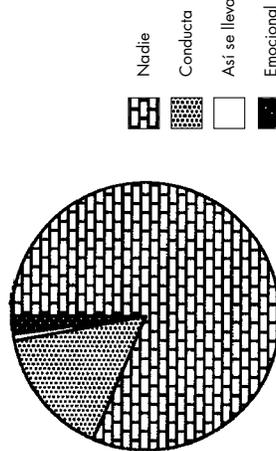


Gráfica 21. Por qué te pegan, sector rural, 1989

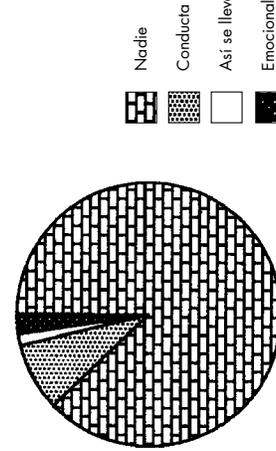


Fuente: Encuesta directa. Ínigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1989.

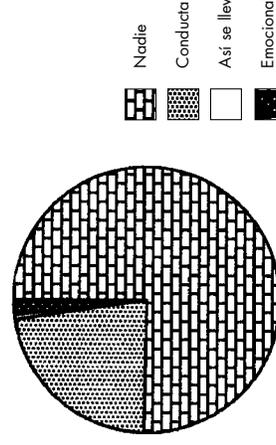
Gráfica 22. Por qué te pegan, D.F., 1999



Gráfica 23. Por qué te pegan, sector urbano, 1999



Gráfica 24. Por qué te pegan, sector rural, 1999



Fuente: Encuesta directa. Ínigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1999.

es necesario reconocer que dicha proporción ha disminuido con respecto a la década anterior (12.9%). Asimismo, se mantuvo la proporción de los padres que corrigen por medio de los golpes (11.2%), y decreció el monto de los hermanos que siguen dicha práctica, unos en compañía de sus padres (0.8%), y otros por su propia iniciativa (0.9%). Se mantuvo también una participación mayor de las madres, en comparación de la que tienen los hombres, en el uso de dicho correctivo. Sin embargo se tiene ahora un número significativo de muchachos sin respuesta a esta pregunta (11.0%), lo que impide evaluar con mejor precisión el fenómeno (Gráfica 17).

En el ámbito rural se encontró que la aplicación de métodos violentos en la conducción de los adolescentes está más generalizada. El porcentaje de las familias que acuden a ellos se mantuvo a lo largo de la década, ya que en un tercio de ellas los siguen aplicando (29.1%), y los miembros que más los ejercen son los padres (24.3%), y los hermanos continúan colaborando en ello, aunque con una ligera tendencia a la baja, tanto en la cifra de quienes los aplican de manera conjunta con sus padres (2.4%), como de los que lo hacen sin contar con el ejemplo de ellos (2.4%). Se advirtió —al igual que en el ámbito urbano— que los otros parientes no intervinieron en este tipo de acciones, pero también se vio una mayor participación de la madre, sin que la colaboración del padre disminuyera como en el sector urbano. La proporción de los muchachos que no dio respuesta a esta interrogante también resultó significativa (10.3%) (Gráfica 18).

La razón de los golpes

No basta saber que algunos de los adolescentes reciben golpes por parte de los miembros de su familia, sino también es importante conocer las razones a las cuales les atribuyen los muchachos el recibir dicho tipo de amonestación, las que son muy similares en 1989 y en 1999. La mayoría de ellos indicaron que se les golpeaba porque se portaban mal y no obedecían. Otros razonamientos lo refieren como la pena aplicada por pelear o por no dedicarse de manera suficiente al estudio; sin embargo hay quienes consideraron que los gol-



pes eran parte de la convivencia y afirmaron recibirlos porque “así nos llevamos”, o porque simplemente quien los propinaba “explotaba” o se les aplicaban “por nada”. En estos dos últimos casos posiblemente se está ante situaciones de clara violencia doméstica. Por último, también se registró a un grupo de adolescentes que reconocieron ser golpeados, pero no proporcionaron las causas de dicha acción.

Con base en los datos anteriores es posible reconocer tres motivos por los que los adolescentes recibieron golpes en el ámbito familiar: el primero de ellos se relaciona con la enseñanza de patrones de conducta, ya que los entrevistados manifestaron haberlos recibido por alguna falta cometida y de esta manera los justificaban; el segundo motivo señaló una forma de convivencia, es decir, una interacción por medio de los golpes, probablemente mantenida con sus iguales (sus hermanos); el tercer motivo se caracterizó porque el adolescente no lo pudo justificar o lo identificó con la situación emocional de quien lo agredía, por lo que podría pensarse que aquí estaba a merced directa de la violencia doméstica, y no ante un falso recurso de orientación de la conducta.

Las proporciones se dieron de la siguiente manera: para 1989, el 73.6% de los entrevistados dijo que no le pegaban en su casa. Del restante 21.5%, que sí recibían golpes, el 3.8% no señaló cuál era la causa, y el 17.7% indicó que era por su conducta en el 15% de los casos: porque “así se llevan”, el 0.7%, y por la situación emocional de quien los agrede, el 2.0%, cifra que habla de la posibilidad de que se trate de situaciones donde se practicaba la violencia doméstica (Gráfica 19).

Al comparar las cifras de los ámbitos rural y urbano se encuentra que, como ya se dijo, el recurso de la violencia era más utilizado en el primero que en el segundo. Sin embargo, en ambos sectores las razones con más peso se refieren a la conducta de los adolescentes

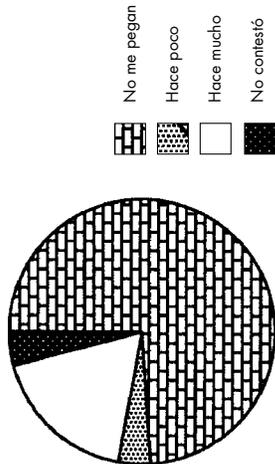
CUÁNDO TE PEGARON

D.F.

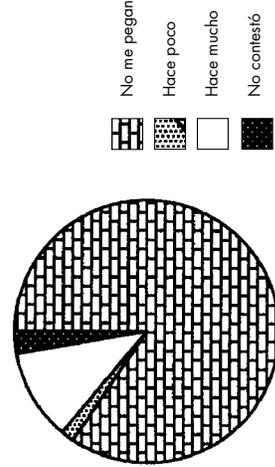
URBANO

RURAL

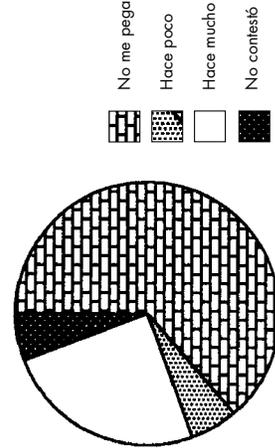
Gráfica 25. Cuándo te pegaron, D.F., 1989



Gráfica 26. Cuándo te pegaron, sector urbano, 1989

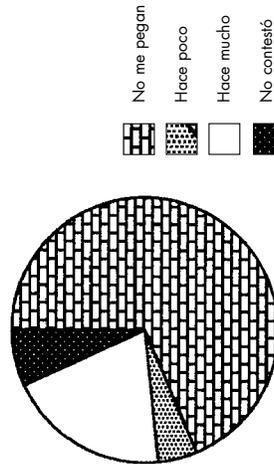


Gráfica 27. Cuándo te pegaron, sector rural, 1989

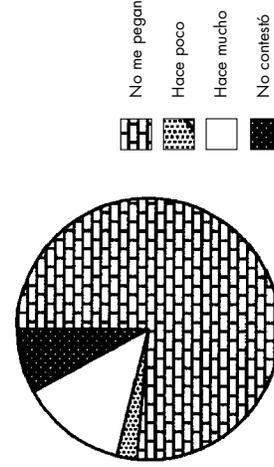


Fuente: Encuesta directa. Ínigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1989.

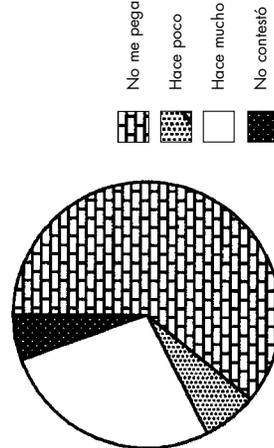
Gráfica 28. Cuándo te pegaron, D.F., 1999



Gráfica 29. Cuándo te pegaron, sector urbano, 1999



Gráfica 30. Cuándo te pegaron, sector rural, 1999



Fuente: Encuesta directa. Ínigo Aguilar y Sara Molinari. DEAS-INAH, México, 1999.

(9.0% en el urbano y 21.0% en el rural) con respecto al reparto de golpes como una forma de relación. La cifra resultó más alta en la zona urbana (1.0%) que en la rural (0.4%), pero en los motivos que hablan de una posible violencia doméstica, fueron menores las proporciones en el urbano (1.4%) que en el rural (2.6%) (Gráficas 20 y 21).

Para 1999, el 81.5% señaló no haber recibido golpes en su casa. El 20.9% que sí los padeció, en su mayoría fue por motivos de conducta (15.5%); una proporción menor (0.9%) porque “así se llevan”, y el 2.1% no encontró explicación a ello o lo atribuyó a un abuso originado sólo por motivos emocionales. Si bien se advierte una tendencia clara a la disminución de la práctica de corregir a las nuevas generaciones por medios violentos, se tiene también un ligero incremento en las cifras referidas a este ejercicio como una manera de relacionarse y como una forma de conducta no justificada entre los muchachos (Gráfica 22).

Los datos obtenidos en las dos zonas de estudio nos muestran una mayor recurrencia a los golpes por parte de las familias de la zona rural, pero en ellas se utilizan en mayor proporción para modificar la conducta de los adolescentes, pues del 29.1% que los recibe, el 22.3% lo atribuye a dicha causa; el 0.4% dice que es porque “así se llevan”, y el 2.0% no encuentra justificación. En las unidades domésticas de la región urbana se hizo uso de los golpes en un menor número de familias (12.9%), pero con un incremento en su uso como forma de convivencia (1.4%), y como resultado de acciones injustificadas para los muchachos (2.4%), lo que sugiere la existencia de un patrón de violencia al interior de dichas familias, en tanto que el porcentaje en las que aún se utiliza como una forma de conducción comprende al 8.5% de ellas (Gráficas 23 y 24).

Periodicidad en los golpes

La información anterior toma una perspectiva más clara cuando se analiza la respuesta sobre la periodicidad con que los adolescentes recibieron los golpes, ya que es baja la proporción de quienes informan haberlos sufrido de manera reciente, y alta de quienes los padecieron hace tiempo. Sin embargo entre estos últimos



aumentó el monto, ya que algunos de los que afirmaron no se les pegaba, aquí reconocieron que esto sucedió hace tiempo.

En la muestra de 1989 se tiene que el porcentaje de quienes aceptaron recibir golpes se incrementó en un 0.2%, para alcanzar al 21.7% del total de los entrevistados. Sin embargo los que declararon que se les había pegado en el día o en los días anteriores a la aplicación del cuestionario, sólo llegaban al 3.7% de los muchachos, en tanto que los que afirmaron que hacía tiempo había sucedido eran el 18.0% (Gráfica 25). Sin embargo al analizar las cifras sobre los dos ámbitos de estudio, se confirma el patrón de comportamiento ya descrito, que apunta a un mayor uso de los golpes en la zona rural (5.8%), frente al 1.6% de la urbana, como la manera cotidiana de conducir a los muchachos. También se detectó el incremento en el 1.8% de los que reconocieron que se les pegaba, para pasar del 28.8% al 30.6% de las familias rurales (Gráficas 26 y 27).

En el cuestionario aplicado en 1999 se advierte un crecimiento de los casos en donde los golpes se propinaron de manera cotidiana, con respecto a la entrevista anterior en los dos sectores analizados. De esta manera, la aplicación de golpes como medio utilizado para relacionarse con los adolescentes se ha incrementado, y ahora comprenden al 4.5% del total de los entrevistados, quienes declararon haberlos recibido en los días cercanos a la entrevista. Los que indican que hace tiempo recibieron golpes son el 19.9% de la muestra, lo cual demuestra que los métodos violentos abarcan no sólo al 20.9% que así lo declaró de manera expresa, sino a un 3.5% más, lo que expone que en casi una cuarta parte de las familias de los adolescentes que estudian se sigue recurriendo a los golpes (24.4%) (Gráfica 28).

Al analizar dicha información por sectores, se da cuenta de una proporción mayor que en la década



anterior, de adolescentes que informaron haber sido objeto de golpes en su casa. Por lo demás, la predominancia de las familias que viven en el sector rural se mantiene. Así, en la zona urbana el 2.4% manifiesta haber sido golpeado en el día o en los días previos a la aplicación de la entrevista, y el 13.0% lo fue hace algún tiempo, lo cual indica que el 15.4% de ellos han recibido golpes, un 2.4% más de los que lo reconocieron en la pregunta que se les formuló de manera directa. En tanto que en el sector rural fueron el 6.7% los que recibieron golpes en los días cercanos a la entrevista, y el 26.9% los tuvo hace algún tiempo, resulta entonces que se tiene a un 4.5% más de adolescentes a los que se les han aplicado golpes dentro del ámbito familiar, de los que se habían detectado con la pregunta directa, lo cual significa que en el sector rural más de un tercio de las familias han recurrido a la violencia en su relación con los adolescentes (33.6%) (Gráficas 29 y 30).

Conclusiones

La violencia hacia los adolescentes estudiantes en la familia es el resultado de un conflicto no resuelto adecuadamente, originado en la obligación de los adultos por proporcionar, desde el punto de vista de los patrones culturales aprobados socialmente, una conducción acertada a las generaciones de renuevo para que puedan integrarse a su sociedad, desempeñando de manera correcta el papel de adultos. Durante este proceso entran en conflicto las maneras de actuar del adolescente y las que debe seguir según el criterio de los adultos con quienes vive. Ello genera en ciertas ocasiones irritabilidad de las personas maduras, quienes responden con golpes y con otras expresiones de violencia ante la conducta inadecuada de los adolescentes. En otros casos,

estos actos son simple y trágicamente motivo de desahogo violento de los mayores.

Aunque las presiones sociales son cada vez más contrarias a la violencia y en especial hacia la generada dentro del ámbito familiar, los datos obtenidos del cuestionario aplicado a adolescentes que tienen como principal actividad la de dedicarse al estudio, señalan que lejos de mostrar una tendencia a la baja, la utilización de los golpes como medio de relación y de corrección al interior de las familias se ha incrementado de manera clara y tiene mayor arraigo entre las familias clasificadas como rurales. Se observa asimismo que la mayoría de los adolescentes que la padecen justifican su existencia como una forma normal de interrelación o de orientación, aunque también en varios casos la identifican como una agresión. La práctica cotidiana de la violencia pervierte los valores de las nuevas generaciones que la padecen, además de que logra convencer a los muchachos de aceptarla como forma normal de comportamiento.

Las conductas provocadoras del regaño hacia los adolescentes son por problemas de estudio, de conducta, de obediencia y por cometer errores; son asimismo una forma de relación, porque el golpeador pierde el control. Aunque también existen adolescentes que fueron golpeados, sin que señalaran las razones de la violencia. Como contraparte están los muchachos que afirmaron no ser regañados, aunque su respuesta parece estar más relacionada con su deseo de mostrar su independencia y madurez, que con la realidad vivida.

De acuerdo con los datos arrojados, la madre fue el familiar que más intervino en la aplicación de regaños y de golpes a los adolescentes, siendo las progenitoras del sector urbano quienes más regañan, aunque las del sector rural las superan en práctica de los golpes. Los hermanos son una fuente importante de golpes, mientras que otro tipo de parientes ya se abstienen de pinarlos.

Todo lo anterior es un índice de lo mucho que falta para lograr que todos los individuos que conforman nuestro total social logren aceptar que el golpe y otras formas de la violencia no se justifican en ningún caso y bajo ninguna circunstancias, y menos aún en el proceso de endoculturación de nuestras generaciones de renuevo.